



Las coladeras de Diego Rivera

Jorge Vázquez Ángeles

POR PRESCRIPCIÓN MÉDICA NO DEBO andar más en bicicleta, el medio de transporte que he utilizado los últimos años para hacer ejercicio, ir al trabajo y sentirme libre en una ciudad que no soporta un vehículo más.

El hábito de pedalear y sentir el viento contra la cara, brincar banquetas y esquivar baches difícilmente se quita tras escuchar las recomendaciones del galeno, por más diplomas, menciones y constancias que lo avalen como una eminencia. Supongo que los fumadores planean el momento en que habrán de aspirar su último cigarrillo. Por ello, estas líneas son el resultado de mi último viaje en bicicleta, una Benotto obsequio de mi amigo Arturo Guardado, cuando mi otra bicicleta pasó a manos de Federico Vite hace ya muchos años.

El primer artículo que publiqué en *Casa del tiempo*, en septiembre de 2010, fue sobre el Edificio Ermita, donde todavía vivo. Al final de ese texto mencioné dos incógnitas que rondan mi cabeza: el destino del vitral que cubría el patio y las coladeras de piso que llevan inscrito el nombre de Diego Rivera.

Hace unos días conversaba con uno de mis vecinos, después de una junta donde expresamos nuestra intranquilidad ante la falta de mantenimiento del edificio, y surgió el tema de las coladeras.

—Cerca de la casa de mi madre, en la Condesa, hay un edificio con coladeras que dicen Diego Rivera.





En cuanto volví a mi departamento especulé un poco e imaginé las razones por las que el nombre de uno de los más célebres pintores mexicanos estuviera inscrito en dos coladeras de un edificio *art decó*. Recordé aquella famosa escena de *Ustedes los ricos* (1948), cuando el hermano pintor de la abuela de *Chachita*, panzón y haragán a más no poder, llega a la vecindad bajo el pretexto de pintar unos “motivos”. La *Guayaba* dice: “Mira, mana, es Diego de Romero”, en franca alusión al pintor. La *Tostada* le contesta: “No, Diego de Romero no existe”. Después, la cámara muestra una sentencia escrita en la pared: “Dios sí existe”.

Las razones de estos desafíos hacia Diego Rivera, y que ponen de relieve el furibundo catolicismo de Ismael Rodríguez, tienen relación con el mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, que se ubicaba en el comedor del Hotel del Prado.¹ Entre otros personajes aparece Ignacio Ramírez, quien sostiene un cartel donde Rivera escribió la célebre frase que “El

Nigromante” pronunció en su discurso de ingreso a la Academia de Letrán.

La inauguración del mural derivó en una agria confrontación. El 4 de junio de 1948, una turba irrumpió en el hotel y “borró” la frase, dañando además la imagen de Diego. ¿Sería que alguien fabricó coladeras para que la gente, literalmente, pisoteara el nombre del ateo irrespetuoso? Si fue así, ¿cómo es que en el Ermita, construido dieciocho años antes del estreno de la película y de los sucesos en el Prado, hay dos coladeras “Diego Rivera”?

El siguiente paso era encontrar el edificio donde mi vecino había visto las otras coladeras. Aprovechando que era domingo le llamé por teléfono para que me indicara la ubicación y así lo hizo, pero como estaba muy desvelado (había celebrado su cumpleaños la noche anterior) sólo me dijo que cerca de la esquina de Ámsterdam y Chilpancingo. Sin más referencias tomé la bicicleta y me dirigí a realizar una de las investigaciones más absurdas en que me he visto envuelto.

Durante la primera inspección no descubrí nada. Esperé un rato afuera de un edificio de departamentos de los años cincuenta, a ver si alguien salía o entraba y preguntarle si había visto una coladera con el nombre de Diego Rivera. No salió nadie y lo agradecí: la pregunta sonaba absurda.

Subí de nuevo a la bicicleta y recorrí el Parque México, me detuve en cada casa o edificio construido entre 1930 y 1940. Nada. Recordé una serie de casas frente al edificio Basurto. Tampoco.

Dos horas después regresé, sin querer, a la esquina donde había comenzado la búsqueda. Caminé sobre Ámsterdam hacia la calle de Iztaccíhuatl y descubrí un edificio del ingeniero Pedro Río seco, construido en 1936. A diferencia de otros, el “Colonial” no es *art decó* sino de estilo ecléctico. La entrada principal es un arco de medio punto cuya piedra clave es la cabeza de

¹ En *Casa del tiempo* número 47 (septiembre 2011) aparece otro artículo donde hablo de un pleito muy sonado entre los arquitectos Carlos Obregón Santacilia y Mario Pani por la autoría de los hoteles Reforma y del Prado.

un león. A través de los barrotes miré el largo patio-cochera y un par de coladeras de piso. Ambas llevaban inscrito el nombre de Diego Rivera. Creo que tuve la misma sensación de quienes descubren una vacuna o una caverna llena de tesoros prehispánicos. Tomé un par de fotografías de la coladera más cercana y me marché a casa. Mi último viaje en bicicleta había sido fabuloso.

Ya en casa, utilicé Google para averiguar algo más sobre Diego Rivera y sus coladeras. Quizá durante algunos años, además de pintar murales y desatar polémicas, hubiera establecido una fundición donde, además de haber realizado esculturas, se dio tiempo para fabricar instalaciones sanitarias. Tecleé: “Diego Rivera coladeras”. Nada. En mi opinión, detrás de Google se esconde Dios: “Diego Rivera coladeras fundición”. *Enter*.

Fundidora Astra y Fundidora Ricasa son empresas que cuentan con una historia de 3 generaciones de experiencia. En 1942, el Sr. Diego Rivera inicia sus operaciones y es considerado pionero en el ramo de la fundición del hierro gris en la Ciudad de México, los productos que se fabricaron inicialmente fueron tuberías, conexiones sanitarias y coladeras de patio”.

La explicación al misterio era simple: el Diego Rivera que fabricó coladeras no era el mismo que pintaba alcatraces. Entonces llamé a Cinthia Rivera, cuyo teléfono aparece en la página de la empresa. Ella misma respondió. Le conté sobre las coladeras, el edificio

Ermita y el Colonial. La historia le interesó porque se trata de su bisabuelo.

Dos días más tarde me comunicó con su tía María Eugenia Rivera, nieta de Diego Rivera García, quien nació en Ayotzingo, cerca de Amecameca, en 1887. Ella me contó que a los quince años su abuelo se marchó a la ciudad de México, donde se convirtió en aprendiz de fundidor en el taller de un alemán. El patrón murió cuando Diego tenía alrededor de veinte años, hecho que lo animó a abrir una pequeña forja en la colonia Obrera. Durante esa época, los tubos de albañal se importaban de Estados Unidos, y el joven fundidor comenzó a fabricarlos en su taller. Su gran visión empresarial dio frutos: abrió más forjas en los rumbos de la Avenida del Taller (calles de León y Gama), y muy cerca de San Antonio Abad. Debido a que fue uno de los primeros mexicanos en fabricar tubos de albañal y coladeras en México, el propio Lázaro Cárdenas le entregó un reconocimiento. Después comenzó a proveer coladeras para el gobierno de la ciudad y también producía rejillas de ventilación para duelas de madera. Diego Rivera García falleció en la ciudad de México en 1977, a los noventa años de edad.

Gracias al *Instagram* descubrí otra coladera “Diego Rivera” en el edificio San Jorge, en la calle República de Chile número 43; Arturo Guardado, el dueño original de la bicicleta Benotto, me envió la fotografía de una coladera similar que encontró en el Hotel Canarias, en Cuernavaca, Morelos.

Supliré la bicicleta con un patín eléctrico. Quiero encontrar más coladeras de Diego Rivera. 🚲



Fotografías: Jorge Vázquez Ángeles y Alejandro Arteaga